B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¿Por qué el mundo va mal?
Por el abandono de

LA ORACION

I *¿Qué es la oración? ¿Es fácil orar?*
Oración vocal y mental
II *Necesidad de la oración*
III *¿Qué importancia tiene?*
IV *Poder y eficacia de la oración*
V *La oración pública*
VI *La vida contemplativa. ¿Es útil?*
VII *¿Cómo orar en todo momento?*
VIII *¿Cómo disponernos a orar?*
IX *¿Cómo hemos de horar?*
X *El Padrenuestro explicado*

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84-7770-458-9
D.L. Gr. 180-99
Impreso en Azahara - Printed in Spain

¿POR QUE EL MUNDO VA MAL?

Todos oímos decir a cada paso: «El mundo va mal». ¿Cuál será la causa? Si hemos de ver las cosas conforme al prisma de la fe, tenemos que contestar: El mundo va mal por el abandono de la oración.

1) *JEREMIAS. Este profeta al ver como aparecía próspero el camino de los impíos y como por sus maldades padecía la tierra secándose las hierbas del campo hasta perecer bestias y aves..., exclama:* Dessolatione dessolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde» (12, 11). Toda la tierra se halla, *dice el profeta,* en una espantosa desolación», *y ¿por qué?* «porque no hay quien reflexione», *porque no hay quien ore, no hay quien medite en su corazón las verdades eternas.* Y al ver que viven a espaldas de la ley de Dios y se dicen: *«Dios no ve nuestros caminos»* (Jer. 12, 4), él exclama: *¿hasta cuándo va a durar su maldad?...* Dios se ve precisado a castigar a su pueblo porque se vuelve blasfemo, porque no medita sus mandamientos ni los cumple... en una palabra, porque no ora.

2) *OSEAS. Este es otro profeta que nos pinta así la situación del pueblo escogido:*

«El Señor va a querellarse contra los habitantes de la tierra, porque no hay en ella verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios: perjuran, mienten, matan, roban, adulteran, oprimen; el

homicidio sigue al homicidio...; pero nadie protesta, nadie reprende..., perece mi pueblo por falta de conocimiento... Y lo que del pueblo será, eso será también del sacerdote... los castigaré, les retribuiré según sus obras» (Os. 4, 1-10).

El mundo va mal, porque vive alejado de Dios, esto es, sin oración, sin comunicación con Él.

«No hay conocimiento de Dios en el país». *He aquí una advertencia grave para nosotros. Donde no hay conocimiento de Dios, no hay fe; donde no hay fe, no hay moral; donde no hay moral, no hay religión ni oración y se derrumba la sociedad humana.*

El profeta amonestó en su tiempo (y sigue haciéndolo ahora a nosotros), a los que por no convertirse a Dios, por no orar, serían campo de devastación.

3) *EZEQUIEL. Este profeta describe los vicios de Israel. Estos eran grandes y los crímenes de sus jefes eran manifiestos: derramaban sangre y destruían las almas con el fin de obtener ganancias injustas. El pueblo practicaba la opresión y el robo, oprimiendo al pobre y al menesteroso y haciendo violencia e injusticia al extranjero.*

El Señor deseaba hallar almas santas, y al no hallarlas se queja como si no pudiera dar curso a su misericordia, y así dice:

«Busqué entre ellos un varón que construyese un vallado y que se pusiera en la brecha frente a Mí, en favor de la tierra, a fin de que no la devastase; mas no lo hallé» (Ez. 22, 30). *Por eso descargué mis castigos sobre ellos.*

I

¿QUE ES ORACION? ¿ES FACIL ORAR?

Prescindiendo de métodos y definiciones, podemos decir que es vida de intimidad con Dios, o como decían San Gregorio Niseno, San Juan Crisóstono, Santa Teresa de Jesús y otros santos, oración no es otra cosa que *«una conversación con Dios»*, o un coloquio o trato íntimo con Él.

En forma parecida el Santo Cura de Ars dijo: «Oración es *hablar con Dios como hablaríamos con un hombre*».

¡Hablar con Dios, conversar y tratar íntimamente con su divina Majestad, suplicarle, pedirle bienes y gracias! He aquí lo que es oración.

Todos, pues, podemos orar y debemos orar.

Orar es una gracia especial. No debiéramos decir: ¿Por qué debemos orar?, sino más bien: *«De dónde a mi que me sea concedido este honor de poder orar?»* Si el poder hablar con el Papa o con un rey o un Obispo... se considera una gracia especial, ¿cuál no será poder hablar con Dios, Rey de reyes?... Y, sin embargo, sabiendo los hombres que Dios quiere que le supliquen, si Él bajó a la tierra a enseñarnos a orar..., y nos admite en audiencia a cualquier hora, ¿por qué este retraimiento?, ¿por qué este vivir sin trato y alejados de Dios?

¿Es fácil orar? La oración es facilísima; está al alcance del pobre y del rico, del ignorante y del sabio, del niño y del anciano: todos pueden orar fácilmente. Se puede orar en todo tiempo y lugar...

En realidad podemos decir que todos oramos de alguna manera, porque orar es suplicar, es hacer un ruego, una petición, y así vemos que el niño ruega a la madre y el pobre al rico o al que puede socorrerle..., y nosotros al ser tan pobres y necesitados y a su vez tan miserables, ¿por qué en vez de orar y suplicar tanto a los hombres, no acudimos a orar a Dios que puede socorrernos por ser tan rico y omnipotente? Mediante la oración podemos acercarnos a Dios, exponerle nuestras necesidades y pedirle las remedie...

Quien tenga corazón, tiene lo suficiente para orar. Basta dar el corazón a Dios: nada más exige...

La oración es fácil, porque puede ser corta, y sin embargo eficacísima. El *Padrenuestro*, que es la más hermosa y la más perfecta de todas las oraciones, y las comprende todas, es una oración corta que todo el mundo sabe...

¿Cuál fue la oración del ciego de nacimiento? «*Señor, que vea*» (Lc. 18, 41). ¿Cuál fue la del leproso? «*Señor, si tu quieres, puedes limpiarme*» (Lc. 5, 12). Y la del publicano: «*Apiádate de mi, porque soy hombre pecador*»...; la de la mujer cananea: «*Ten piedad de mí*» (Mt. 15, 22); la de los Apóstoles al punto de naufragar: «*Sálvanos, Señor, que perecemos*» (Mt. 8, 25)...

¿Quién no puede así orar al Señor mediante

una frase o jaculatoria corta? Ante una tentación o necesidad puedo decirle: *«Señor, ayúdame»*; ante mis pecados: *«Jesús mío, misericordia»*... Al empezar el trabajo: *«Todo por ti, Dios mío»*... Ante una enfermedad o una necesidad familiar: *«Señor, tú sabes lo que necesitamos, ayúdanos»*.

ORACION VOCAL Y MENTAL

Oración, como tenemos dicho, es hablar con Dios, y esto exige elevar nuestra mente hacia Él, despegando el alma de la tierra.

—*Oración vocal* es la que expresa con palabras los sentimientos del alma.

Y *oración mental* es la que se hace en el espíritu y en el corazón, sin recurrir a palabras.

Santa Teresa de Jesús lo dice así en su libro «Camino de perfección»:

«Rezar el *Paternoster* y Avemaría, o lo que quisiereis, es oración vocal» (25, 3).

«Quiero enseñaros cómo habéis de rezar *vocalmente*, porque es razón entendáis lo que decís... No nos contentemos con sólo pronunciar palabras, porque cuando digo *Credo*, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando *Padrenuestro*, quién es el Maestro que nos enseño esta oración» (24, 2).

«Si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios con más advertencia que en las palabras que digo, juntas están oración mental y vocal» (22, 1).

«Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal, cuando se me acordare... ¿Quién puede decir es mal, si comenzamos a rezar las Horas o el rosario, que comience a pensar con quién va a hablar y quién es el que habla para ver cómo le ha de tratar?...» (22, 3).

La oración mental puede y debe preceder a la vocal, para que ésta no sea rutinaria, pues conviene «rezar con advertencia», «pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir es oración mental» (25, 3).

Jesucristo nos enseñó a rezar «a solas», pues «así lo hacía Él siempre que oraba, y no porque lo necesitase, sino para nuestra enseñanza» (24, 4).

Hay que rezar «a solas», pues no se puede hablar al mundo y a Dios a la vez.

Santa Teresa dice también: «Oración mental no es otra cosa, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (Su Vida, 8, 5).

II

NECESIDAD DE LA ORACION

La oración nos es muy necesaria por varias causas:

1.ª *Porque Jesucristo nos dice: «Pedid, buscad, llamad».*

Estos son tres imperativos; y cuando Dios habla en imperativo, es siempre una orden que hemos de acatar. Entonces *«vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quien se las pide»* (Mt. 7, 7. 11). Además el mismo Jesucristo nos dice: *«Es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer»* (Lc. 18, 1).

2.ª *Porque Dios nos llama a la santificación: Sed Santos...*, y la oración es el gran medio para lograrla, pues sin oración no hay gracia santificante, y sin ésta no hay salvación. La gracia santificante es la vida sobrenatural del alma.

3.ª *Porque sin oración no hay verdadero apostolado.*

Sin oración no puede haber vida sobrenatural y «con lo natural no haremos nada sobrenatural». He aquí como se expresaba un venerable párroco:

«Hoy hay mucha actividad: centros de A. C., cine, deportes, etc., y abandonamos la oración, y sin ella lo demás es nada... Ella es *conditio sine qua non*, es decir, algo esencial para el apostolado.

Hay jóvenes entusiastas, seglares decididos a trabajar por la causa de Dios, sacerdotes archidotados, de grandes dotes y atractivos para conducir las masas...; mas de la noche a la mañana viene *una caída...*, se extiende el comentario, se anula su labor y abajo toda su obra... y ¿por qué? Porque todas aquellas obras eran muy hu-

manas, faltaba la oración, la unión con Dios, la vida sacramentaria bien vivida...».

4.ª *Para no caer en el pecado.* Es menester orar en las tentaciones... en los peligros..., en las enfermedades... y siempre que tratamos de hacer algo importante.

Para vencer las tentaciones nos es necesaria la oración, pues así nos lo dice Jesucristo: «*Velad y orad para no caer en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca*» (Mt. 26, 41).

El que no ora es como una ciudad sin defensa que está cercada y hasta llena de enemigos...

La oración también es necesaria para salir del triste estado del pecado...

La oración es necesaria para obtener gracia... «La oración es para el hombre lo que el agua para los peces» (*S. Crisóst. Lib.* 2 *de Or. Dom.*)

La oración es para nuestra alma lo que el sol es para la naturaleza, el aire para nuestros pulmones, el pan para la vida material, el arma para los soldados, y el alma para el cuerpo...

Todos debemos orar, máxime los sacerdotes, pues a ellos les dice Dios por medio del profeta: «*Entre el pórtico y el altar, lloren los sacerdotes, ministros de Yahvé diciendo: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, y no des al oprobio a tu heredad...*» (Joel 2, 17).

III

¿QUE IMPORTANCIA TIENE LA ORACION?

La oración es de su ma importancia. Bastaría tener presente el ejemplo admirable que nos da Jesucristo. Según los evangelistas: Él se levantaba muy temprano, e iba a orar a un lugar desierto, y otras veces se iba a un monte a orar (Mc. 1, 35; 6, 46), y allí pasaba toda la noche orando a Dios (Lc. 6, 12), y mientras oraba, un día se transfiguró ante sus Apóstoles (Lc. 9, 28). Siempre que quería obrar milagros, oraba antes. Oró en el huerto de los olivos, oró en la cruz, y su vida toda fue una vida de oración... y Él es el que nos enseñó a orar y nos exhortó a no dejar la oración... (Lc. 18, 1).

Todos los santos le dan mucha importancia a la oración. He aquí algunos testimonios:

San Juan Crisóstomo: «Así como una ciudad sin muralla ni fortificaciones cae fácilmente en poder del enemigo; el demonio se apodera fácilmente y sin resistencia de una alma que no esté fortificada por la oración, y la lleva a toda clase de crímenes y desórdenes sin trabajo alguno» *(Lib. 2 de Or. Dom.)*

San Agustín: La salvación está vinculada a la oración, y ésta «es la fortaleza de las almas santas, las delicias del ángel de la guarda, el suplicio del demonio, un obsequio agradable a Dios...» *(Ad).*

San Buenaventura enseña que el que abandona la oración, lleva un alma muerta en un cuerpo vivo, o es un cuerpo sin alma *(In. Speculo).*

San Alfonso María de Ligorio decía que todos los libros y todos los confesores y predicadores debían hablar de la oración, porque «el que ora se salva, y el que no ora se condena».

Santa Teresa de Jesús: «Sin oración no hay santidad». *San Vicente de Paúl:* «Dadme un hombre de oración y será capaz de todo».

Santo Tomás: «Aquel sabe vivir, que sabe orar». *El Santo P. Claret:* «Día sin oración, día perdido».

IV

PODER Y EFICACIA DE LA ORACION

«Nada es tan poderoso como el hombre bueno que ora», dice San Juan Crisóstomo *(In Mt.).* La oración es tan poderosa, y tan grandes sus efectos y frutos, que no hay obstáculos que no venza.

«La oración, considerada su naturaleza, es una conversación familiar, y la unión del hombre con Dios. Pero considerada su fuerza y su eficacia, es la conservación del mundo, la reconciliación de Dios, y la madre y la hija de las lágrimas; es la remisión de los pecados, el puente por el que pasan las tentaciones, como el agua, la fortaleza contra la impetuosidad de las aflicciones, el valladar y extinción de las guerras, el oficio de los ángeles... el manantial de las virtudes, el alimen-

to del alma, la luz del espíritu, el remedio contra la desesperación, la prueba de la esperanza, el consuelo en la tristeza, la riqueza de los religiosos, el tesoro de los solitarios, el freno de la ira, el espejo de la perfección religiosa, la señal de la regla...» *(S. Jn. Clímaco. Grad. 28).*

El alma que ora es una ciudad fuerte e inexpugnable. Pedro estaba en la cárcel y cargado de cadenas, mientras la Iglesia oraba. Y la víspera del día en que Herodes había dispuesto que sufriese la muerte, un ángel del Señor se le aparece durante la noche, y una luz deslumbrante brilla en la cárcel. El ángel despierta a Pedro, y caen las cadenas, y éste se levanta; ábrense por sí mismas las puertas de la cárcel, pasa por en medio de los guardias sin ser visto, y se ve libre de sus enemigos. ¿Quién obró tantos prodigios? La oración de los fieles (Hech. 12, 5-9).

En el A. Testamento encontramos ejemplos admirables del valor de la oración. Recordemos algunos:

El de Abraham: Si hubiese solamente encontrado diez justos que hubiesen orado, Sodoma no hubiera perecido (Gén. 18).

Moisés por la oración aplacó al Señor, y no castigó como se proponía a su pueblo, reo del enorme crimen de idolatría (Ex. 32). Otros ejemplos: Oración de *Aarón* (Num. 16, 47-48); Oración de Ezequías: 2 Cr. 32, 20-21, etc.

La oración calma la venganza divina, y hace que Dios derrame gracias sobre el hombre... A la

oración de Josué, el sol se detuvo en medio de su carrera... (Jos. 10, 14).

«Orando Jeremías, fue fortificado en su cárcel... Daniel, en la cueva de los leones, hizo con su oración que aquellas fieras se amansaran como corderos... Tres niños cantaron las alabanzas del Señor en el horno, saliendo ilesos de las ardientes llamas... Job en su muladar triunfó, con su oración, de Satanás y de todos sus males... Con al oración salió José victorioso de la más terrible de las tentaciones... Con la oración salvó Susana su virtud y su vida. Con la oración voló el buen ladrón de la cruz al cielo. Con la oración vio San Esteban el cielo; y allí subió...» *(Tes. Alápide)*.

Todos los patriarcas, todos los profetas, todos los santos de la antigua y de la nueva ley han sido hombres de oración...

V

LA ORACION PUBLICA

La oración particular es buena, muy buena; pero la oración pública es todavía más poderosa ante Dios. Oigamos a Jesucristo: *«En verdad os digo que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»* (Mt. 18, 19-20).

Los ninivitas oran juntos; y alcanzan su per-

dón... Los Apóstoles oran juntos en el cenáculo; y el Espíritu Santo baja sobre ellos, los llena de sus dones...

Las oraciones públicas son más poderosas ante Dios que las demás, porque entre la muchedumbre siempre hay justos mezclados con los pecadores, y Dios oye también las oraciones de los pecadores cuando van unidas a las de los justos...

En las oraciones públicas es cuando el Espíritu Santo pide principalmente por nosotros con gemidos inenarrables (Rom. 8, 26). Los Padres de la Iglesia dicen que el Espíritu Santo pide, es decir, nos hace pedir y orar...

La más perfecta de todas las oraciones públicas es el santo sacrificio de la Misa, al que debiéramos asistir con frecuencia.

La oración hecha en la iglesia es siempre preferible, por varias razones: 1.° La oración en el lugar sagrado es por lo general una invocación pública a Dios, una alabanza y una adoración ante toda la Iglesia; por esto tiene mayor precio, y honra más a Dios que la que se practica en cualquier otro lugar o en secreto... 2.ª La Iglesia es la casa de Dios... 3.° En la Iglesia todas las oraciones se unen: las de Jesucristo, del sacerdote y de los fieles... 4.° Allí el justo, unido al pecador, viene a auxiliarle... Allí hay el ejemplo de los demás; y este ejemplo sirve de poderoso auxilio... *(Tes. Alápide).*

VI

LA VIDA CONTEMPLATIVA. ¿ES UTIL?

El Concilio Vaticano II nos hace una descripción de esta vida, toda ella llena de significado: «Los institutos destinados por entero a la contemplación, cuyos miembros se dedican sólo a Dios en la soledad y en el silencio, en la oración asidua y en la generosa penitencia, por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo Místico de Cristo...» *(R. Rel. 7)*.

Las principales prácticas de la vida contemplativa son la soledad y el silencio, la oración y la penitencia, y su trabajo diario va impregnado de estas prácticas, y así «sólo se ocupan de Dios», es decir, obran de tal modo que viven sólo para Dios, pues por Él y por su gloria hacen cuanto hacen.

He aquí algunos textos de los últimos Papas:

Pío XI: «Aquellos que cumplen el oficio de la oración y de la mortificación constante, contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano que los que cultivan la viña del Señor con su actividad. Efectivamente, si ellos no alcanzasen del cielo las gracias divinas para regar el campo, los obreros evangélicos sacarían menos fruto de su trabajo» *(Umbratilem 1924)*.

Este Pontífice quiso que a los países de misión fuesen también las monjas de clausura. ¡Qué valor no tendrán estos conventos de clausura en medio de los pueblos y ciudades, mientras haya almas en ellos que día y noche sirven al Señor con oración y sacrificio!

Pío XII: «Aunque este clamoroso y voluble siglo denigra y rechaza totalmente este sagrado y escondido género de vida contemplativa, como un acto inútil y altamente perjudicial para la sociedad humana, vosotras, no obstante, conocéis muy bien que con ninguna cosa se tiene a Dios más propicio, ni se ayuda mejor a los prójimos que con el sacrificio continuo de alabanzas y ejemplo de una vida inmaculada» *(A las monjas de la Visitación: 4-XI-1941).*

Y añade: «Por consiguiente, aunque esta pasión de novedades que estamos palpando va invadiendo tumultuosamente nuestra época, vosotras, que habéis escogido la mejor parte, retenedla y no permitais que nadie os haga cambiar de tan santo propósito, con el pretexto de procurar la salvación de los demás». «Esta vida, dice en la *Sponsa Christi,* es eminentemente apostólica».

Pablo VI: «Sois de las llamadas a coloquio con Dios, pero no para vosotras solas. Tenéis también vosotras una misión que transciende vuestras almas y vuestra comunidad... Las religiosas de clausura se han dado a la vida contemplativa para estar en continuo coloquio con Dios; para estar más dispuestas a oír su voz y al mismo tiempo a hacer oír en el cielo con mayor pureza

la pobre voz de la humanidad» *(A las Rel Camaldul.* 23-II-1966). Y a los Carmelitas ha dicho: «La Iglesia tiene necesidad de la vida contemplativa... Estos valientes contemplativos son los más aptos para ser también hijos activos de la Iglesia...».

Juan Pablo II: «Los institutos de vida contemplativa tienen también una parte notable en la evangelización del mundo».

VII

¿COMO ORAR EN TODO MOMENTO?

Jesucristo nos dice: *«Es preciso orar siempre y no desfallecer»* (Lc. 18, 1). Pero, dicen principalmente las gentes del mundo, los ciegos partidarios del siglo, los avaros ocupados de los bienes de la tierra: ¿cómo podemos orar tan a menudo, orar siempre? Además de faltar el tiempo, el espíritu sucumbiría a tal tarea. Orar siempre es imposible. Este es un error; pues es muy posible y muy fácil orar. Oíd cómo se puede orar en todo tiempo y orar hasta el último suspiro.

El Santo V. Beda nos da en dos palabras la solución de todas las objeciones que pudieran hacerse contra la oración perseverante: «El que hace todas sus acciones según Dios, ora siempre» *(In Sentent.)*, o sea, el que obra siempre bien, ora siempre.

Según San Ambrosio «el justo ora siempre, porque aun cuando su alma no está en oración, sus obras interceden y sustituyen la oración; aun

durmiendo, sus obras, que brillan ante Dios, interceden también en el cielo» (*Serm.* 86).

Hasta el pecador que se halla en pecado mortal ora siempre desde el momento en que desea ardientemente romper sus cadenas y salir del pecado, orando y ofreciendo a Dios sus esfuerzos y sus oraciones actuales para alcanzar la gracia de convertirse.

San Basilio dice también: «El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración» (*Homil, in Iulitam martyrem).*

Así, al despertar, al levantaros, ofreced a Dios vuestro primer pensamiento y todo el día; y aquel día será una continua oración para vosotros. Id al trabajo: empezadlo ofreciéndolo a Dios; y vuestro trabajo será una continua oración. Si coméis, ofreced a Dios vuestro alimento; y todas vuestras comidas serán oraciones. Si tomáis un útil recreo, acostumbraos a hacerlo ante Dios; y todos vuestros recreos serán oraciones. Recomendad a Dios el descanso que habéis de tomar; y vuestro descanso y vuestro sueño será una oración...

VIII

¿COMO DISPONERNOS A ORAR?

En el libro sagrado del Eclesiástico leemos: «Antes de la oración preparad vuestra alma y no queráis ser como hombre que tienta a Dios» (18, 23).

Es cierto que en todo momento podemos orar dirigiendo una jaculatoria o una breve súplica al Señor pero podemos disponernos a la oración o a una meditación para hacerla mejor, con la consideración de la grandeza de Dios, a quien nos dirigimos, con la consideración de nuestra nada y de nuestras necesidades, con la lectura, especialmente de los Libros Santos, con la contrición, con la premeditación de las cosas que queremos pedir, temerosos de pedir cosas inútiles, dañosas o injustas, y con el afán de no desear más que cosas justas, santas, dignas de Dios, y útiles para nuestra salvación...

Hemos de pensar que vamos a orar para honrar a Dios porque la plegaria es un acto de religión, para darle gracias como acto de reconocimiento, para pedirle perdón de nuestros pecados... Podemos orar por las almas del Purgatorio, por los pecadores, por tantas necesidades... Este es un acto de amor al prójimo...

IX

¿COMO HEMOS DE ORAR?

1.° *Hemos de orar en nombre de Jesucristo,* porque Él nos dice: «*Lo que pidiérais en mi nombre eso haré*» (Jn. 14, 13) «no siempre al momento, dice San Agustín: las gracias se difieren algunas veces, pero no se niegan» *(De Orat).*

«En verdad, en verdad os digo: cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta

ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis» (Jn. 16, 23-24).

Todas las oraciones que la Iglesia dirige a Dios, las dirige en nombre de Jesucristo: Os pedimos estas gracias —dice— *por Nuestro Señor Jesucristo...*

¿Por qué hemos de orar en nombre de nuestro Señor Jesucristo? Porque Jesucristo es nuestro Mediador al lado del Padre...; porque Jesucristo nos ha redimido...; porque de Él vienen todas las gracias...; y finalmente porque todo lo tenemos de Él, todo se lo debemos, y sobre todo la eficacia de nuestras oraciones...

«*Jesús* quiere decir *Salvador*: así pues, el que pide todo lo que realmente concierne a su salvación, ora en nombre de Jesucristo» *(S. Greg. Homil. 27in Ev.)*

2.° *Hemos de orar con atención.* ¿Por qué recomienda Jesucristo que oremos en secreto y nos retiremos del tumulto, sino para enseñarnos a estar atentos cuando oramos? *«Tú, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará»* (Mt. 6, 6).

Entrad en vuestra habitación, es decir, recogeos en vosotros mismos, y estad atentos... Cerrad la puerta, es decir, velad sobre vuestros sentidos, ahuyentar las distracciones, y aplicaos a orar; entrad en vuestro aposento, es decir, orad con el corazón...

Cuando oramos, dice San Francisco de Asís, el cuerpo debe ser una celda, y el alma una ermita *(S. Bonav).*

La oración es una elevación del alma a Dios. Por consiguiente, si mientras oramos la imaginación se ocupa de la tierra, de la familia, de los negocios, del trabajo, de las criaturas, etc. ¿se levanta el alma hacia Dios? Tal acto no es una oración.

3.° *Hemos de orar con humildad,* porque *«Dios oye la oración del humilde y no la desprecia»* (Sal. 102, 18).

San Bernardo dice: «La oración del humilde penetra en el cielo» *(Serm. 4 in Quadrag.).*

Hemos de humillarnos al orar y reconocer nuestras miserias y necesidades. La humildad da alas a la oración; sin las alas de la humildad la oración no puede levantarse. *«Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes»* (Sant. 4, 6).

«La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar hasta Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada» (Eclo. 35, 21).

Recordemos la oración del publicano: *«Ten compasión de mí: que soy pecador»*, y por su humildad salió justificado del templo, y no así el soberbio fariseo...

A la humildad añadamos la compunción, porque *«Dios no rechaza al corazón contrito y humillado»* (Sal. 51, 18).

4.° *Hemos de orar con fe y confianza.* La oración supone fe, pues sin fe no se oraría; pero se necesita una fe firme y viva. La confianza y la fe

son como las dos alas con que la oración vuela hasta el trono de Dios, y alcanza cuanto quiere...

San Agustín dice: «El fundamento de la oración es la fe: así pues creamos para poder orar; y oremos, para que esta fe, que nos hace orar, no llegue a faltarnos: la fe inspira la oración; la oración alcanza afirmar la fe. Velad y orad para que no entréis en tentación. Y ¿qué es entrar en tentación sino salir de la fe» (Tract. 36. Lc.).

Jesucristo nos dice: «*Todo cuanto con fe pidiereis en la oración lo recibiréis*» (Mt. 21, 22).

«*Si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídala a Dios, que a todos da largamente y sin reproche, y le será otorgada. Pero pida con fe, sin vacilar en nada, que quien vacila es semejante a las olas del mar, movidas por el viento y llevadas de una a otra parte. Hombre semejante no piense que recibirá nada de Dios*» (Sant. 1, 5-7).

Si Dios no concede al momento lo que pedimos, crezca la confianza, y lo conseguiremos.

Añadamos también el fervor. Una oración abreviada y corta, pero ferviente, vale infinitamente más que oraciones largas pronunciadas con tibieza y descuido...

5.º *Hemos de orar con perseverancia*. Así nos lo dice Jesucristo: «*Es preciso orar en todo momento y no desfallecer*» (Lc. 18, 1). El que es constante en llamar a la puerta conseguirá, os lo aseguro todo lo que necesite... (Lc. 11, 8).

«Así como el atleta, dice San Lorenzo Justiniano, que corre para ganar el premio, no lo alcanza si se detiene en su camino, de la misma

manera el que no persevera en la oración, no puede recoger el fruto de ella» *(Lib. de Ligno, c. 4)*.

Jesucristo oró tres veces en el huerto de los Olivos, y sólo a la tercera oración bajó un ángel del cielo para consolarle y fortificarle. Aprendamos con esto a perseverar en la oración.

X

EL PADRENUESTRO EXPLICADO

El *Padrenuestro* es la oración más excelente, y recibe el nombre de «oración del Señor u oración dominical», porque N. S. Jesucristo nos la enseñó.

Esta oración en forma breve, sencilla y clara es la más perfecta, la más sublime y ventajosa de todas por dos razones principales: la 1.ª porque su autor es Jesucristo, la Sabiduría eterna; la 2.ª porque encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios, «para el tiempo y para la eternidad, para el cuerpo y para el alma, para nosotros y para los demás» *(Gaume)*.

El Padrenuestro contiene siete peticiones: Las tres primeras; «Santificado sea tu nombre», «venga a nosotros tu reino», «hágase tu voluntad...», miran al honor y al servicio que debemos a Dios, y las otras cuatro: «el pan nuestro de cada día dánosle hoy», «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos...» «no nos dejes caer en la tentación», «más líbranos del mal», miran

a nuestra utilidad y comprenden todas nuestras necesidades...

Padrenuestro, que estás en los cielos. Estas palabras preceden a las siete peticiones, y son introductorias a esta bella oración.

1) *La palabra PADRE* nos recuerda principalmente la primera persona de la Sma. Trinidad, y a ella nos dirigimos, sin excluir al Hijo y al Espíritu Santo.

Decimos Padre «nuestro» y no Padre «mío», porque Dios es Padre de todos los hombres, y nos recuerda esta palabra «Padre» a su vez que todos somos hijos de Dios, al que debemos dirigirnos con filial respeto, amor y confianza. Al ser Dios Padre de todos, síguese que todos los hombres somos hermanos, y estamos obligados a orar unos por otros y amarnos como hermanos y a socorrernos mutuamente. San Ambrosio dice: «Cada uno ora por todos, y todos por cada uno» cuando rezamos el Padrenuestro... ¡Cuán dulce es poder llamar a Dios «Padrenuestro»...!

2) *Que estás en los cielos.* Estas palabras nos recuerdan que, si bien Dios está presente en todas partes, con preferencia habita en el cielo, donde *le hemos de ver un día cara a cara* (1 Cor. 13, 12); que no somos más que peregrinos en esta tierra, y que *nuestra verdadera patria es el cielo* (Heb. 13, 14); y que en la oración debemos desprender nuestro corazón de las cosas de la tierra y levantarlo al cielo...

1.ª *petición: Santificado sea tu nombre:*

Pedimos en ella que el santo nombre de Dios nunca sea deshonrado ni blasfemado, sino que cada vez sea más conocido, amado y ensalzado por todos los hombres. Por *nombre* hemos de entender al mismo Dios, su honra, su grandeza, su dignidad, su bondad, su gloria, su providencia...

Que todos le alaben, le amen, le den gracias, le teman... Nuestro fin próximo es éste: procurar en este mundo la honra y la gloria de Dios, o sea, amarle y servirle... (y lo lograremos no pecando, santificándonos).

2.ª *petición: Venga a nosotros tu reino:*

Pedimos ver establecido el reino de Dios en la tierra, es decir, que la santa Iglesia se extienda siempre más entre las naciones; que Dios reine por su amor y por su gracia en el corazón de todos los hombres; que todos alcancemos algún día el reino de los cielos, o sea, la propia salvación o último fin...

3.ª *petición: Hágase tu voluntad:*

Pedimos aquí que todos los hombres cumplamos con tanta fidelidad y alegría la voluntad de Dios en la tierra, como la cumplen los ángeles y santos en el cielo.

«*La voluntad de Dios*, dice San Pablo, *es vuestra santificación*» (1 Tes. 4, 3). La voluntad de Dios se nos declara en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, en las inspiraciones de la gracia y en las disposiciones y permisiones de la divina providencia... Cumplir la voluntad de Dios es querer lo que Él quiere, obedecer su ley...

4.ª *petición: El pan nuestro de cada día dánosle hoy:*

En esta petición suplicamos a Dios nos conceda todo lo que cada día necesitamos para la vida de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Para el cuerpo: alimento, vestido, habitación, etc.; para el alma: la palabra de Dios, la Comunión..., o sea, la vida de la gracia.

5.ª *petición: Perdónanos nuestras deudas, así como...*

Nuestras deudas son nuestros pecados, por los que injuriamos infinitamente a Dios. Si queremos que Dios nos perdone, debemos perdonar. «*Si vosotros,* dice Jesucristo, *no perdonáis a los hombres* (las ofensas que cometen contra vosotros), *tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados*» (Mt. 6, 15). (Véase parábola del siervo despiadado Mt. 18, 23-25).

6.ª *petición: No nos dejer caer en la tentación:*

Notemos que no pedimos que nos libre Dios de la tentación; pues por sí misma la tentación no es pecado, y el mismo Jesucristo permitió que el diablo le tentase, lo que pedimos es no caer en ella, o al menos nos conceda las gracias necesarias para resistir a ellas y vencerlas. El Señor nos amonesta: «*Vigilad y orar para no caer en la tentación*» (Mt.)

7.ª *petición: Mas líbranos del mal:*

Este mal, el mayor de todos, es el pecado... También ese mal, según el texto, es el *maligno,*

es decir, el enemigo malo o demonio, que es el que instiga constantemente al mal... En esta petición se incluye la preservación de los males del cuerpo o enfermedades, y de los males del alma (el pecado y la eterna condenación).

Amén. Esta palabra final expresa el ardiente deseo que tenemos de que Dios nos oiga, y la firme esperanza de que nos oirá.

Conviene que recemos el Padrenuestro con la debida pausa, de suerte que se pueda meditar cada palabra o frase y guardarla en el corazón.

CONCLUSION

Oremos en todo momento haciendo bien todas las cosas.

Oremos para perseverar en el camino emprendido del servicio de Dios.

Oremos para que las almas justas, máxime las consagradas a Dios perseveren, y no haya defecciones por el fallo de Dios.

Oremos para que las almas justas, máxime las consagradas a Dios perseveren, y no haya defecciones por el fallo de la oración.

Oremos por la conversión de los pecadores. Imitemos vg. a una Santa Mónica. Recordemos lo que ella hizo: Su hijo Agustín era un gran pecador, que daba grandes escándalos; pero ella oró, mucho tiempo, oró a menudo; y consiguió al fin hacer de su hijo un gran Santo y uno de los más eminentes doctores de la Iglesia.

Oremos de tal modo que nuestra oración vaya

también acompañada de acciones piadosas, de obras de caridad. Recordemos lo que nos dice Dios por medio del profeta Isaías:

«Romped las ataduras de iniquidad... dejad ir libres a los oprimidos..., partid vuestro pan con el hambriento, albergad al pobre sin abrigo, vestid al desnudo, y no volváis vuestro rostro ante el hermano... Entonces invocarás al Señor, y Él te oirá, y dirá: Heme aquí» (58, 6-9).

Para que nuestra oración sea verdadera y perseverante, penetrémonos del pensamiento de que estamos bajo la mirada de Dios.

Para que el mundo no vaya de mal en peor *oremos* y procuremos que los demás oren y que todos se den cuenta del valor de la oración.

Así nos lo dan a entender las expresiones de los profetas, por medio de los cuales Dios habló a nuestros antepasados en el Antiguo Testamento, y ahora nos sigue hablando a nosotros. Sus dichos reflejan un estado de cosas parecido al que presenciamos en la actualidad, si bien éste es más grave por cuanto vivimos en pleno cristianismo.

Hoy se necesitan almas que oren, que se interpongan entre Dios y el mundo pecador... ¿Qué será de la generación presente? ¡Ay de nosotros si faltasen almas justas! Si no las hubiese, las guerras, los desórdenes se multiplicarían y los grandes castigos vendrían sobre el mundo.

Para contrarrestar tanto mal sólo hay un remedio: *La oración*, volvernos a Dios.

La oración es fácil, porque se puede orar a todas horas, de noche y de día... y es fácil, porque Dios, que siempre está presente, se halla dispuesto a escucharnos y a auxiliarnos... «Dios, dice S. Crisóstomo, quiere que recibáis orando lo que deseáis recibir. ¡Cuánta felicidad la vuestra de conversar con Dios y poder pedirle lo que deseais!» *(In Eccli. 18).*

La oración es fácil, porque Dios permite fácilmente que nos acerquemos a El; y aunque es infinitamente grande, quiere que le dirijamos la palabra con entera libertad...» *¿Quién ha invocado al Señor y ha sido abandonado?* (Ecli. 2, 12).

Nota:

Para saber qué es oración, acaso, mejor que andar con definiciones, fuera lo más práctico ponerse a rezar en serio, hincar las rodillas. Así lo decía uno que se dio a la práctica de la oración: «Para aprender a rezar, hay que rezar». Reza y te convertirás en un especialista de la oración... y así establecerás la conexión entre tu miseria y el cielo.

Yo creo, añadía él, que he comprendido qué es oración, y cuando tengo dudas, empleo las rodillas, y cuando surgen las dificultades, empleo las rodillas, y cuanod me da la impresión de que no rezo como debo, empleo las rodillas. Lo he comprendido y por eso digo: rezad y lo comprenderéis».

Tenemos que vivir más en contacto con Dios, elevar nuestro pensamiento hacia Él. Si rezamos, nos elevamos, si no rezamos nos hundimos en el polvo de la tierra.

Dicho venerable sacerdote siguió diciendo a sus compañeros: «La oración particular y la oficial (el Oficio divino bien rezado...) es necesaria para nosotros y para los demás, porque *«pro Christo legatione fungimur»:* somos embajadores de Cristo ante los hombres... ¿Por qué el Cura de Ars, San Juan Bautista, M.ª Vianney cambió al pueblo? Por su oración asidua, su unión con Dios, sus horas de Sagrario y de mortificación...»

Esta lección sirve para los laicos, los presbíteros y los religiosos. El verdadero apóstol tiene necesidad y debe vivir más horas de unión con Dios que con los hombres, y si tiene que convivir con éstos para que su misión sea fructífera, deberá vivir bajo la mirada de Dios...

Hemos de reconocer que el fallo en el mundo cristiano es hoy la falta de oración, la falta de una vida de más unión con Dios, tanto de sacerdotes como de fieles. Y aunque no se quiera valorar la vida de oración y sacramentaria, y hasta algunos lleguen al extremo de considerarlas como algo anticuado, la realidad es que éstas son sumamente necesarias

y no pueden faltar, porque siempre han de ser fundamentales y de gran actualidad, ya que Cristo ha dicho en aquella alegoría de San Juan: *«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos...»* (Jn. 15).

Si como sarmientos que somos nos separamos de la vid, que es Cristo, quedaremos secos y sin vida... Él nos dice: *«Sin mí, nada podéis hacer»*.

El mundo contamina y desgasta, y hay que estar prevenidos contra el espíritu del mundo que se infiltra en todas partes. El mundo se limita a unos criterios terrenos: interesa o no interesa, es rentable o no... El mensaje de Cristo es sobrenatural, y nos pide recursos sobrenaturales; oración y frecuencia de sacramentos para vivir en gracia y para la vida de apostolado... El gran remedio para salvar el mundo es la santidad, la vida de oración, lo sobrenatural... Además *para vivir una vida de pureza* es necesaria la oración, la mortificación y ante todo la huida de ocasiones pecaminosas.

Veamos también como los no santos y hasta los profanos hablan de la importancia de la oración:

Donoso Cortés: «Los que oran prestan mejores servicios al mundo que los que combaten... y si el mundo va de mal en peor, es porque hay más batallas que oraciones».

Bossuet: «Las manos levantadas en alto arrollan más batallas que las que manejan las armas».

El Cardenal Cisneros, humilde franciscano, siendo regente del reino, se hallaba orando en su habitación secreta mientras a la puerta le estaban esperando los grandes del reino con impaciencia. Al salir, con majestad, les dijo: «Veo que vuestra impaciencia es grande; estaba a los pies de un crucifijo; acordaos de que *orar es gobernar*».

Oconell, el célebre héroe de la libertad de Irlanda, estaba en Ejercicios espirituales, y llegó un mensajero de su partido para que se presentara al Parlamento sin falta para dar la batalla a sus enemigos, y contestó: «Estad tranquilos, cuando rezo y confieso mis pecados, también entonces llevo la representación de nuestra causa ante el tribunal divino. La libertad de Irlanda nada perderá con ello».

El P. Suárez, estimaba más la piedad que la ciencia, y tenía repartido el día: ocho horas para el estudio, ocho para la oración y ocho para todo lo demás.

Lazzati, en la cámara italiana, dijo: «Con una docena de Franciscos de Asís, estaba resuelta la cuestión social».

Lenin, a la hora de su muerte, en un momento de lucidez que tuvo (se dice murió loco): «Con tres Franciscos de Asís se hubiera salvado el mundo».

Un día los Apóstoles que iban en una barca, al levantarse una tormenta, temieron naufragar, y dirigiéndose a Jesús le dicen: *«Señor, sálvanos, que perecemos».* Jesús les contestó: *¿Por qué teméis, hombres de poca fe?* Levantándose entonces, mandó a los vientos y al mar; y sobrevino una gran calma. Y aquellos hombres, admirados, se decían: *¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen?* (Mt. 8, 23-27).

Jesucristo manda a los vientos y al mar; y sucede una gran bonanza. Pero observemos que no obra tal milagro sino a petición de los Apóstoles: *«Señor, sálvanos: que pereceremos».* ¿Quién es aquel a quien obedecen los vientos y el mar, los vientos de las tentaciones y el mar de las concupiscencias? El hombre que ora...

Si el mundo subsiste, es por las oraciones de las almas fervientes. Por eso dice Jesucristo que al fin de los tiempos estará apagada la fe, y por eso vendrán grandes castigos hasta ser devastada y purificada la tierra». *¿Cuando venga el Hijo del hombre, encontrará fe en la tierra?* (Lc. 18,8).

Hemos de orar unos por otros. San Pablo dice a los Colosenses: *«No cesamos de orar por vosotros»* (1,3) y el apóstol Santiago también dice: *«Orad los unos por los otros, para que os salvéis»* (5, 16).

Si no hubiese Esteban orado en favor de Pablo, la Iglesia no tendría a Pablo, dice San Agustín (Epist. 97).

El mismo San Pablo escribiendo a Timoteo le dice: *«Ante todo te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad»* (1 Tim. 2, 1-2).

Por eso hemos de rogar especialmente por el Papa, por nuestro Obispo, por el Jefe del Estado..., por los que gobiernan...

Jesucristo también nos manda orar por nuestros enemigos y en favor de los que nos persiguen y calumnian (Mt. 5, 44). Él oró por los que le crucificaron: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que se hacen»* (Lc. 23, 34).

Orar por los demás es caridad; y la caridad es la primera de las cualidades de la oración...

Muchos comprenden fácilmente la utilidad de las religiosas dedicadas a la enseñanza, a los enfermos, a los pobres...; pero no comprenden la misión de las de clausura, cuya misión es sacrificarse y rezar por el mundo pecador. No comprenden su razón de ser, les parecen inútiles. Lamentable error. Mas les diremos con el Concilio, los Romanos Pontífices y los Santos que los institutos o conventos de clausura «ocupan un lugar eminente en la Iglesia», y lo seguirán ocupando «siempre» mientras ésta exista «aun cuando urja mucho la necesidad del apostolado activo».

La vida contemplativa, dijo Pío XII, es como *el corazón de las obras del apostolado.* Nadie dirá que el corazón, por estar oculto, es inactivo, cuando de él depende el movimiento y la actividad de los brazos y de todo el cuerpo. De Santa Teresa se dice que salvó tantas almas desde la celda como San Francisco Javier en la India y en el Japón.

Las almas de vida contemplativa son los grandes pararrayos que detienen la ira de Dios. Ellas son el imán que atrae sobre el pueblo innumerables gracias. Por sus oraciones el Señor puede darnos a todos alguna gracia especial. Los pueblos que tengan algún convento y lo mismo las ciudades, debieran mirarlo como cosa propia. Hoy muchos de estos conventos se hallan en mucha pobreza material, y es necesario que se les ayude. En la «Sponsa Christi» se les dio una nueva orientación para que se ejercitasen en algún trabajo manual con que poder sacar medios para vivir decorosamente. Los donativos que se hagan a las religiosas que viven pobremente serán fuente de beneficios para nosotros.

La vida contemplativa mira al bien de todos. Su elemento primario, según Santo Tomás, es la contemplación de la verdad divina, puesto que es el fin de la vida humana. Dios es la Verdad suma, el SUMO BIEN, que debe preferirse a todo.

Nota:

Como he podido advertir que no faltan tentaciones en la vida y que religiosas de vida contemplativa desean pasar a institutos de vida activa por creer que en ellos harían más apostolado, y, al contrario, algunas de vida activa añoran pasar a conventos de vida contemplativa, porque creen que se sacrificarían más; yo les aconsejaría *—como norma general—* (si la causa que las mueve fueran simples deseos) que permanecieran donde se hallan, porque la santidad de suyo no está en tal o cual lugar, sino donde está la persona, y lo que hace falta es entrega y fidelidad al servicio de Dios donde nos hallamos ofreciéndole nuestros trabajos de cada día, y vivir bajo la mirada de Dios, para convertir nuestro día en oración.

Pío XII en una audiencia a los ferroviarios de Italia les insiste en este mismo pensamiento al decirles: «*La oración es la respiración del alma*... Así como ninguna ocupación, ningún trabajo o fatiga interrumpe el ritmo de vuestra respiración; aun dormidos se sigue respirando, y ¡ay de vosotros si no fuera así...!, pues lo mismo ha de pasar con la respiración del alma que es la oración... Pero, ¿cómo es posible, me diréis, orar cuando se está trabajando, o cansado, o sufriendo...? He aquí un método sencillo y fácil... Al empezar el día ofreced al Divino Corazón vuestros pensamientos, palabras y obras; vuestras alegrías y dolores, en unión con aquellas intenciones por las que Él mismo se inmola cotidianamente sobre el altar. Esta oferta renovada en lo posible durante el día..., nunca retrotraída, basta para que vuestra vida sea una continua oración».

Orar siempre, sin cansarse, no quiere decir que debemos hacer una oración ininterrumpida, porque esto sería imposible a nuestra naturaleza, sino que podemos tener *una unión continua de amor con Dios y con el prójimo* en nuestro obrar, y de esta unión brota el deseo y el propósito de hacer y sufrir todo para mayor gloria de Dios y para el bien espiritual propio y de los hermanos *(Santo Tomás).*

Para ser almas de oración necesitamos cuatro purezas:

Pureza de conciencia, esto es limpieza de pecado: que no haya, ante todo, odio en el corazón. Cada vez que el hombre reconroso pronuncia las siguientes palabras: «*Perdónanos como nosotros perdonamos a nuestros deudores*», pronuncia su condenación. Su oración es nula y ultrajante.

Para que la oración sea escuchada y oída, debe salir de un corazón exento de odio y lleno de caridad...

La oración que parte de un alma casta, pura y sin mancha, es infinitamente agradable a Dios; es omnipotente.

Pureza de corazón, desprendimiento de personas y de cosas...

Pureza de mente, que en el momento de nuestra meditación, para reflexionar debidamente bien sobre lo leído o sobre tal pensamiento, vivamos recogidos evitando en lo posible toda distracción...

Pureza de acción, que en nuestro obrar busquemos a Dios y no nos busquemos a nosotros mismos...

Meditación es reflexionar... Podemos leer despacio algún capítulo del Evangelio o de otro libro sagrado y él nos sirve para hacer nuestra oración...

«La oración es dirigir la palabra a Dios; cuando lees la Sagrada Escritura, Dio te habla; cuando oras hablas tú a Dios» *(S. Agustín).*

Se quejan algunos de que no consiguen lo que piden. Mas no es Dios el que se niega a conceder; somos nosotros los que no queremos recibir. ¿Pedimos alguna gracia o favor a los hombres de la manera que oramos?

«*Orais,* dice el apóstol Santiago, y *no recibís, porque pedís mal*» (4,3)... Los obstáculos de la oración son el pecado, la turbación, el pedir cosas injustas, inútiles, vanas y dañosas...

«Dios, dice San Gregorio M., quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido con cierta importunidad. Por esta razón os dice: El reino de los cielos sufre violencia, y los que emplean violencia, de él se apoderan. Sed, pues, asiduos en la oración; sed importunos en vuestras súplicas; cuidad de no desanimaros en la oración. Si aquel a quien oráis manifiesta no enten-

deros, forzadle, para que podáis recibir el reino de los cielos. Sed violentos, para apoderaros del cielo. Esta es una excelente y dulce violencia que no ofende a Dios, sino que lo apacigua; y no hiere tampoco al prójimo, antes bien le ayuda, y disminuye, y hace desaparecer el pecado *(In Ps. 6).*

«Mucho puede la oración fervorosa del justo» (Sant. 5, 16). «La oración perseverante es la más grande y la mejor de las armas» (S. Crisóstomo). Recordad el ejemplo de la Cananea, de Magdalena, de los diez leprosos... En la orasión hemos de tener presente estos ejemplos para suplicar como ellos, y pedir aquello que más necesitamos y nos conduce a la salvación, por esto San Agustín dice que oración es también *«pedir a Dios cosas convenientes».*

Dios, dice Santo Tomás, es llamado *Padre:* 1.º porque es el creador del universo, según las palabras de Jesucristo: *«Te alabo, Padre, como Señor del cielo y de la tierra»* (Mt. 11, 25); 2.ª porque nos ha adoptado como hijos, dándonos el espíritu de adopción de los hijos de Dios, *espíritu en el cual clamamos: Padre, Padre* (Rom. 8, 15); 3.º porque nos ha instruido, según las palabras de Isaías: *«El Padre dará a conocer a sus hijos la verdad»* (33,19); 4.º porque nos corrige, pues castiga al que ama, y se complace en él como en su hijo (Prov.).

INDICE

¿Por qué el mundo va tan mal? . . . 5
I. ¿Qué es oración? 7
Oración vocal y mental . . . 9
II. Necesidad de la oración . . . 10
III. ¿Qué importancia tiene la oración?. 13
IV. Poder y eficacia de la oración . . 14
V. La oración pública 16
VI. La vida contemplativa ¿es útil? . 18
VII. ¿Cómo orar en todo momento? . 20
VIII. ¿Cómo disponernos a orar? . . 21
IX. ¿Cómo hemos de orar? 22
X. El padrenuestro explicado . . . 26
Conclusión 30